

X

SAN ZANOBBI

Una inscripcion grabada sobre una piedra incrustada bajo las ventanas del palacio Altoviti, y la columna de la plaza del Domo, comunmente llamada la columna de San Juan, porque está próxima al Baptisterio, atestiguan los dos mas grandes milagros que obró San Zanobbi, obispo de Florencia; el uno durante su vida, y el otro despues de su muerte : uno el año 400 y otro el año 428.

San Zanobbi nació, no solo de una familia patricia de Florencia, sino que pretendía descender de Zenobia, reina de Palmira, que vino á Roma bajo el reinado del emperador Aureliano. San Zanobbi era, pues, no solo de raza noble, sino aun de estirpe real.

Tenia veinte años, sobre poco mas ó menos, cuando fué tocado de la gracia. Fué con el obispo Teodoro á que le instruyese en la fé de Cristo, y le dió el bautismo delante de todo el clero florentino. Esta conversion, para la que San Zanobbi no habia pedido el consentimiento de su familia, irritó extraordinariamente á su padre Luciano, y á su madre Sofia, que amenazaron al neófito con su maldicion, pero San Zanobbi, oyendo aquella amenaza, cayó de rodillas, suplicando á Dios iluminase á sus padres como habia sido iluminado él mismo; y Dios, misericordioso para ellos como para él, se manifestó tan visiblemente á su corazon, que haciendo ellos mismos lo que habian criticado en su hijo, fueron á ver al obispo Teodoro, de cuyas manos tuvieron la dicha de recibir los dos el bautismo.

San Zanobbi llegó á ser el favorito del obispo, que le hizo sucesivamente clérigo, canónigo y subdiácono. Bien pronto se esparció de tal modo la fama de su piedad y su amor al prójimo, que iban á consultarle de todas las ciudades de Italia sobre el camino mas seguro para ganar el cielo, y sus sermones eran tan sencillos, su moral tan evangélica, sus consejos tan en armonía con el amor de Dios, que todos se volvieran maravillados de tanta humildad unida á tanta sabiduría.

En esto murió el obispo Teodoro; y aunque San Zanobbi tuviese treinta años apenas, fué inmediatamente promovido al episcopado. Es verdad que la reputacion de San Zanobbi era tan grande, que San Ambrosio fué desde Milan á Florencia para visitarle, y tomar de él, decia, ejemplos de santidad.

San Dámaso reinaba en este mismo tiempo en Roma. Oyó hablar de los méritos de San Zanobbi y le quiso ver. Le invitó, pues, á irse con él, y San Zanobbi, como hijo obediente, se apresuró á ejecutar aquella orden y

arrojarse á los pies de Su Santidad. San Dámaso recomendó la pronta obediencia de San Zanobbi nombrándole uno de los siete diáconos de la Iglesia romana.

No tardó Dios en permitir que apareciese un día la prueba patente de que aquel honor no era inmerecido. Un día que el santo pontífice, en compañía de su diácono Zanobbi, iba á Santa Maria del otro lado del Tiber, donde Su Santidad debía decir la misa en el mismo día, sucedió que el prefecto de Roma, cuyo hijo estaba paralizado, habiendo agotado, sin lograr la curación, todos los recursos del arte los médicos, pensó que no le quedaba otra esperanza que un milagro, é iluminado con la idea de que este milagro podía hacerlo San Zanobbi, fué á esperarlos al paso, y cayendo á sus pies bañados los ojos en lágrimas, le suplicó en nombre del Señor volviese la salud á su hijo. Humilde y modesto como era San Zanobbi, rehusó declarando que se miraba como incompetente y demasiado indigno para que Dios se dignara hacer un milagro por sus manos. Pero el prefecto instó de tal modo, que San Zanobbi creyó que resistir mas tiempo seria poner en duda el poder de Dios, puesto que Dios se manifiesta por quien es su voluntad, por los grandes como por los pequeños, por los dignos como por los indignos. Siguió, pues, al pobre padre, y animado por el pontífice mismo, se arrodilló cerca del lecho del enfermo, estuvo largo tiempo con las manos juntas, los ojos fijos en el cielo, y absorto por una profunda oración; despues levantándose, hizo con el dedo el signo de la cruz sobre el cuerpo del enfermo, y cogiéndole la mano:

— Joveu, dijo, si la voluntad de Dios es que te levantes y te cures, levántate y cúrate.

Y el jóven se levantó al punto y fué á arrojarse á los brazos de su padre, con grande admiración del pueblo,

del clero y del pontífice, quienes desde aquel momento comenzaron á mirar á Zanobbi como un santo; opinión que le valió ser enviado por el papa á Constantinopla para combatir las heregías que empezaban á levantarse en la Iglesia.

Dios habia dado á Zanobbi el don de los milagros, y por consecuencia le habia hecho partícipe de su naturaleza divina. Así Zanobbi pensando que mas vale combatir á los hereges con los hechos que con las palabras, y que los ojos se convenceen mas pronto que los oídos, empezó por hacerse llevar dos endemoniados que todos los médicos habian intentado en vano curar, y los sacerdotes habian intentado sin fruto exorcizar. Pero apenas hubo pronunciado Zanobbi el nombre de Jesus á su oído y hecho la señal de la cruz sobre su cuerpo, cuando los demonios escaparon arrojando un grito, y los poseidos, libres para siempre de su dominio, cayeron de rodillas dando gracias al Señor.

Semejante principio, como se concibe, estendió el nombre de Zanobbi en toda la Iglesia y entre todo el clero de Constantinopla. Desde el tiempo de los apóstoles, los milagros se habian hecho raros, y era evidente que aquellos á quienes Dios conservase ese don, eran sus mas queridos servidores. Todos se apresuraron, pues, á escuchar los sermones del obispo de Florencia, y la heregía que habia empezado á sacar la cabeza en medio de la Iglesia santa, desapareció, si no para siempre, á lo menos momentáneamente.

Pero se acercaba el momento en que Nuestro Señor Jesucristo iba á permitir que la santidad de Zanobbi resplandeciese en todo su esplendor, presentándole ocasión de hacer un milagro parecido al que él mismo habia hecho, resucitando á la hija de Jairo entre los gerasenienses, y al hermano de Marta en Bethania.

Zanobbi habia ido á Florencia despues de su viage á Oriente, y continuaba, para gloria de Dios y propagacion de su nombre, dando vista á los ciegos, razon á los enagenados y movimiento á los paralíticos, cuando una señora francesa que iba á Roma con su hijo para cumplir una peregrinacion ofrecida, se vió obligada á detenerse en Florencia, porque el jóven, fatigado del viage, padecia demasiado para continuar su camino.

Esta mujer era una santa criatura, llena de fé y de piedad: oyó hablar de las grandes virtudes de Zanobbi, y quiso verle. Zanobbi fué para ella lo que era para todos, el consolador y amparo de los afligidos, y la peregrina conoció fácilmente que el espíritu de Dios estaba en aquel hombre. Así cualquiera que fuese el amor por su hijo, cuya salud iba disminuyéndose, cuando el santo le dió el consejo de continuar su camino hácia Roma y dejar su hijo en Florencia, obedeció al punto, recomendó el jóven á los cuidados y á las plegarias del santo obispo, abrazó á su hijo, y marchó, aunque el niño, sintiendo aumentarse su mal por momentos, la suplicaba se quedase.

El niño no se engañó: el gérmen de la muerte estaba en él, y cada dia iba á peor, llamando sin cesar á su madre, y respondiendo con este solo grito, ¡madre mia! ¡madre mia! á los socorros de los médicos y á las exhortaciones del santo obispo. Sea que estuviese sentenciado á morir entonces, sea que el pesar de hallarse solo en una ciudad desconocida empeorase su estado, su mal hizo progresos tan rápidos, que quince dias despues de la partida de su madre, espiró llamándola, y pidiendo á Dios le permitiese volverla á ver todavía. Pero Dios, que tenia otros proyectos con respecto á él, no lo permitió.

El mismo dia de su muerte y cuando manos estrañas iban á llenar con el pobre difunto los últimos deberes,

su madre, de vuelta de Roma, entró en Florencia llena de gozo por el feliz y piadoso viage que habia hecho, y con la esperanza de encontrar á su hijo curado.

Se encaminó, pues, rápidamente hácia su casa. Pero sin saber por qué, á medida que se aproximaba, sentia oprimirse su corazon. A algunos pasos de la casa, encontró á dos mujeres que conocia, y que en lugar de felicitarla por su feliz regreso, continuaron su camino volviendo la cabeza. En el umbral de la puerta percibió un olor á incienso que le horrorizó á su pesar: por un instante quedó inmóvil y preguntándose si deberia pasar mas adelante. En fin, juzgando que el mal mas terrible que se puede experimentar es la angustia que la destrozaba el corazon, se lanzó en la casa, subió rápidamente la escalera, y encontrando todas las puertas abiertas, se precipitó en el cuarto de su hijo, gritando: ¡hijo mio! ¡hijo mio!

El niño estaba echado, los cabellos adornados de flores, teniendo en una mano una palma y en la otra un crucifijo; y como habia muerto sin agonía, se hubiera dicho sencillamente que dormia.

La madre así lo creyó, ó mas bien quiso creerlo. Se arrojó sobre su cama, estrechó al niño entre sus brazos besando sus ojos cerrados y su boca fria, y gritándole que se despertara, que era su madre que volvia junto á él para no abandonarle jamás. Pero el niño dormia el sueño eterno y no respondió.

Entonces el Señor permitió que el corazon de la madre, en lugar de entregarse á la desesperacion, se abriese á la fé: se dejó caer del lecho mortuorio, y arrodilándose: *Domine, domine*, exclamó como las hermanas de Lázaro, *si fuisses hic, filius meus non fuisset mortuus*; es decir: Señor, Señor, si hubieses estado aquí, mi hijo no estaria muerto.

Entonces concibió una esperanza. Como á sus maternales gritos hubiesen acudido los vecinos, y la habitacion empezaba á llenarse de gente, se volvió á los que estaban allí y preguntó si alguno entre ellos podia decirle donde estaba San Zanobbi. Todos la respondieron á una voz que como se celebraba aquel día la fiesta de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo, el obispo estaba con toda la clerecía ocupado en celebrar el oficio divino en la iglesia de San Pedro Mayor, situada extramuros, despues de lo que volvería sin duda á la iglesia de Santa Reparata, hoy el Domo.

Al punto, con esa fé que hace levantar montañas, levantó los ojos al cielo, dirigió su plegaria á Dios, y se notó que á medida que ella oraba se secaban las lágrimas en sus ojos, y que la calma reaparecía en su semblante : despues, concluida la plegaria, se levantó, estrechó á su hijo contra su pecho, y avanzando hacía la puerta :

— ¡Plaza, dijo, al niño que va á resucitar.

La creyeron loca, y la siguieron.

Entonces se adelantó por las calles de Florencia, y llegada á la via Borgo-degli-Albizzi, vió al final de la calle á San Zanobbi que volvía en procesion con todo el clero. Al punto se metió por la calle seguida de una multitud de pueblo, casi tanto como la que seguía al obispo, y habiéndole encontrado precisamente en el sitio en que se halla hoy el palacio Altoviti, colocó al niño delante de él arrojándose á sus pies.

— ¡Oh santo hombre del Señor! exclamó con las mejillas lividas, esparcidos los cabellos y la voz balbuciente por los sollozos : ¡oh misericordioso obispo! ¡Oh padre de los pobres! ¡Oh consolador de los afligidos! Tú sabes que en la pérdida de las cosas humanas allí está el mas grande dolor, donde estaba la mas

grande esperanza y el mas grande amor. Pues bien, toda mi esperanza, todo mi amor, le habia puesto en este niño que ves muerto á mis pies. ¿Qué quereis que sea de una madre cuando su hijo único ha muerto? No olvideis que por vuestro consejo continué mi viage hacía Roma, que me dijisteis dejase este niño á vuestro cuidado, y le he dejado. Y ahora, ¿cómo me volveis mi hijo? Ya lo veis, santo hombre de Dios, ¡muerto, muerto! Rogad, pues, á Dios renueve por mí el milagro que hizo por la hija de Jairo y por el hermano de Marta y Magdalena. Yo creo, como aquellas santas mujeres creían : tengo en el alma la misma fé que ellas tenían en el alma. Decid, pues, las palabras santas : de rodillas estoy; creo, espero.

Y la pobre madre levantaba hacía el cielo sus ojos tan llenos de esperanza, que todo el mundo lloraba á su alrededor viendo un dolor tan profundó unido á tan piadosa creencia.

En cuanto á San Zanobbi, se habia detenido como estupefacto ante tanta esperanza, y en la humilde duda de que el Señor se dignase servirse de él para ejecutar tan grandes cosas. Pero todo el pueblo, que le habia visto hacer tantos milagros, se puso á gritar, participando de la confianza de la madre :

— Resucitad al niño, santo obispo, resucitadle.

Entonces San Zanobbi se arrodilló y con lágrimas de una devocion profunda, pidió á Dios que permitiese se abriera el cielo y dejase caer sobre el hijo de aquella pobre mujer el rocío de su gracia. Despues, concluida aquella plegaria, hizo la señal de la cruz sobre el cuerpo del niño, le levantó en sus brazos y le depositó en los de su madre.

Esta arrojó un gran grito de alegria y de reconocimiento : el niño acababa de volver á abrir los ojos; des-

pues de la última palabra que había salido de su boca salió ahora la primera, y el niño exclamó : ¡Madre mia!

Al punto todo el pueblo se puso á alabar á Dios diciendo : *Benedictus est, Domine, Deus patrũm nostrorum, et laudabilis, et gloriosus, in seculæ, qui per sanctos mirabilia operari non cessas.* Es decir : Bendito seas, ¡oh, Dios de nuestros padres! bendito seas y alabado por todos los siglos, tú que no cesas de obrar milagros por la intercesion de tus santos.

Y cantando todos así, y la madre llevando á su hijo de la mano, acompañaron al santo hombre hasta el arzobispado. Despues la madre y el niño partieron para Francia, donde llegaron los dos con felicidad, glorificando el nombre del Señor y el del santo obispo que los había reunido el uno al otro cuando se creían separados para siempre.

En el mismo sitio en que se verificó el milagro, es decir, al pie del palacio Altoviti, se ve todavía hoy una piedra donde está grabada esta inscripcion :

B. Zenobus puerum sibi á matre
Gallica Romæ eunti
Créditum, atque interea mortuum,
Dum sibi urbem lustranti eadem
Reversa hoc loco conquerens
Occurrit signo crucis ad vitam revocat.
Anno sal. CCCC.

A su vez, despues de una vida llena de buenas obras, murió San Zanobbi, pero como debía morir, consolando y bendiciendo hasta su última hora. Hacia el año 424, segun unos, y 426, segun otros, aconteció este suceso, que llenó á Florencia de duelo. Su cuerpo, embalsamado con los mas ricos perfumes y los aromas mas preciosos, fué depositado en el atahud revestido con sus

hábitos pontificales, y llevado, como lo había encargado él mismo, á la iglesia de San Lorenzo.

Pero tres años despues, habiendo sido canonizado San Zanobbi, su sucesor, que se llamaba Andrés, y que era un hombre de una piedad suma, resolvió hacerle los honores que le eran debidos, trasportando su cuerpo de la modesta iglesia donde estaba enterrado, á la catedral. El dia de aquella traslacion se fijó para el 26 de Enero, cuatro años despues de su muerte, sobre poco mas ó menos.

Preparáronse á esta gran solemnidad con un ayuno. Toda la noche del 25 al 26 de Enero, doblaron las campanas sin descansar un solo instante.

En fin, hácia las seis de la mañana el obispo y toda la clerecía fueron á la iglesia de San Lorenzo, donde el atahud se había colocado desde la vispera sobre un rico catafalco todo lleno de adornos y guarnecido de franjas de oro.

Los diáconos y los obispos tomaron entonces el atahud sobre sus hombros y precedidos del obispo de Florencia con la mitra en la cabeza y la cruz en la mano, de la clerecía y de los chantres que entonaban los himnos santos, de los niños de coro que agitaban los incensarios y de niñas que arrojaban flores, avanzaron en procesion desde la iglesia de San Lorenzo á la catedral de San Salvador, situada donde hoy está el Domo. Y detrás de ellos iba una gran multitud de pueblo, en medio de la cual iban los ciegos á quienes el santo había vuelto la vista, los paralíticos á quienes había vuelto el movimiento, los enagenados á los que había vuelto la razon.

Y todos alababan al Señor.

Pero sucedió, porque semejante solemnidad no podía pasar sin milagro, que llegando á la plaza se pre-

capitó por una de las calles laterales con tal tropel de gente, que obedeciendo á su pesar al impulso dado, los obispos y los diáconos que llevaban el cuerpo hicieron un movimiento de costado, de suerte que el féretro sobre el cual iba tendido el cuerpo, fué á chocar contra un gran olmo que se elevaba sobre la plaza, y que despojado de sus hojas, porque como hemos dicho, esta procesion tuvo lugar el 26 de Enero, parecia un árbol seco. Pero he aqui que apenas el sepulcro hubo tocado al árbol, cuando en el mismo instante el árbol se cubrió de botones que se abrieron al punto y en algunos segundos se convirtieron en hojas, tan verdes, tan frescas, tan espesas, como las que aquel mismo árbol habia tenido en el mes de mayo anterior. Entonces grandes gritos resonaron, y todos se precipitaron hácia el olmo que acababa de reverdecer tan milagrosamente, para arrancarle las hojas, para cortarle las ramas: tanto que al cabo de un instante no era ya sino un tronco despojado, y aun el mismo tronco fué serrado, y de la madera que dió se hicieron cuadros de altar; porque en otro tiempo todo el mundo recuerda que casi todos los cuadros de iglesia estaban sobre madera. Por lo demas, uno de aquellos cuadros quedó largo tiempo en la capilla misma del santo. Representaba á San Zanobbi entre sus mas amados discípulos San Eugenio y San Crescendo, y á los pies del digno obispo estaban escritas estas palabras en caracteres romanos:

Facta de ulmo quæ floruit tempore beati Zanobbi.

En memoria de aquel olmo que floreció como acabamos de decir, y que fué despojado en un instante por el pueblo, fué colocada la columna de mármol, en

pie todavia hoy, cerca del bautisterio de San Juan Bautista, y sobre la que se lee la inscripcion siguiente:

Anno ab incarnatione Domini 408 (1),
 Die 26 januarii, tempore
 Imperatoris Arcadii et Honorii,
 Anno undecimo, quinto mense,
 Dum de basilica sancti Laurentii
 Ad majorem ecclesiam Florentinam
 Corpus sancti Zanobbi, Florentinorum
 Episcopi, feretro portaretur
 Hic loco ulmus arbor
 Arida tunc existens, quam cum
 Feretrum sancti corporis tetigisset,
 Subito frondés et flores
 Miraculose produxit, in cujus
 Miraculi memoria Christiani
 Cives Florentini in loco sublata
 Arboris hic hanc columnam
 Cum cruce in signo notabili erexerunt.

Mil años habian pasado, durante los cuales, con milagros sucesivos, el cuerpo de San Zanobbi habia continuado dando á los florentinos la prueba de que su espíritu velaba sobre ellos. La antigua basilica habia desaparecido para dar lugar al nuevo Domo. Brunelleschi acababa de coronar con su cúpula el monumento de Arnolfo di Lapo. En fin, Santa María de las Flores estaba erigida desde 1420 en iglesia metropolitana por el papa Martin V, cuando el arzobispo de Florencia Luis Scampieri, de Pádua, que habia empezado siendo ayuda de cámara y médico del papa Eugenio IV, y que despues fué cardenal y papa, pensó en sacar el cuerpo de San Zanobbi de las catacumbas de la antigua basi-

(1) Hay error en la fecha, puesto que San Zanobbi no murió hasta 424, y aun algunos dicen que en 426.

lica y colocarle en un lugar digno del alto renombre de que gozaba. Desgraciadamente, mientras se edificaba la nueva catedral, los cimientos del edificio se habian destruído; y como habian pasado tres ó cuatro generaciones desde que puso la primera piedra Arnolfo di Lapo, hasta que colocó la última Brunelleschi, se habia olvidado completamente en qué lugar de la antigua bóveda se habian depositado las santas reliquias, cuya traslacion, como se recuerda, habia tenido lugar desde San Lorenzo á San Salvador en el año 429. En consecuencia, el arzobispo reunió á toda su clerecía, esperando que entre los antiguos conónigos de la iglesia hubiese alguno que pudiera dar algunas señas, y declaró en aquella primera reunion que su intencion era que la traslacion del cuerpo de San Zanobbi tuviese lugar el 26 de Abril de 1439.

Habia sido fijada esta época por el digno arzobispo, porque en ella precisamente, habiéndose celebrado un concilio para reunir definitivamente la iglesia griega á la iglesia romana, Florencia se halló momentáneamente convertida en la mansion de los personajes mas grandes de la cristiandad. En efecto, se hallaban entonces en Florencia el papa Eugenio IV, Juan Paleólogo, emperador de los griegos; Demetrio, su hermano; José, patriarca de Constantinopla, y todo el colegio de los cardenales y de los arzobispos y obispos griegos y latinos. Estos eran dignos asistentes para una fiesta semejante. Asi monseñor Scampieri habia decidido que su traslacion se haria antes de su partida.

Los canónigos mas antiguos, apelando á sus recuerdos, habian creído poder indicar, sobre poco mas ó menos, al arzobispo el sitio en donde, por tradicion, habian oído decir en su juventud se hallaba el cuerpo

del santo. Pero disminuida esta dificultad, se presentó otra; se temia que aquellas grandes corrientes de agua, que aquellos profundos manantiales subterráneos, reconocidos por Arnolfo di Lapo cuando echó los cimientos de su monumento, hubiesen, por la humedad, descompuesto el cuerpo del santo. Y entonces, ¡qué escándalo para toda la iglesia si aquel cuerpo que habia hecho tantos milagros, se presentaba á la vista de todos fétido y corrompido!

Se resolvió pues, para obviar este inconveniente, asegurarse de la verdad desde luego: despues, si el cadáver del santo estaba en el estado en que se temian encontrarle, advertir de ello al papa, que entonces decidiria en su sabiduría lo que habia que hacer de él.

En consecuencia, la vispera del dia en que debía verificarse la traslacion, el encargado de la iglesia, Juan Spinellino, hombre formal, con cuya discrecion se podia contar, descendió á los subterráneos con sus maestros de capilla, dos prelados con hachas, y cuatro obreros con picos. Las escavaciones debian ser hechas en dos sitios, primero sobre una piedra señalada con la letra S. que se presumian queria decir *Sanctus*, y despues bajo un altar á donde se creia mancomunemente que el santo habria sido enterrado.

Comenzaron las escavaciones. A pesar de la señal que hemos dicho, nada se halló bajo la piedra, sino algunos restos de ataúd. Allí habia habido en otro tiempo una tumba, es verdad; pero el polvo se habia convertido en polvo otra vez, y era imposible separar el barro del barro, se abandonó pues esta primera escavacion, y se dirigieron al altar.

Alli ya fué otro cosa: apenas el frontal del altar se levantó, cuando se descubrió en el fondo un sepulcro de mármol. Nadie dudó que aquel era el de San Za-

nobbi, se le sacó del nicho donde había descansado mil años, y se abrió el ataúd.

Entonces, no solo no quedó duda, sino que la identidad del santo fué reconocida por un nuevo milagro. Cuando la primer traslación se habían esparcido sobre su cuerpo hojas y flores del olmo al que había dado vida tocándole. Pues sobre su cuerpo, tan intacto como el día de la inhumación, se hallaban las hojas tan verdes y las flores tan frescas como el día en que habían sido cogidas.

Al instante el papa Eugenio fué prevenido del suceso, y fué con todo el colegio de cardenales, de arzobispos y obispos, á los subterráneos del Domo, donde encontró de rodillas al rededor del ataúd á los obreros que le habían exhumado, los sacerdotes que tenían las hachas, y el encargado Juan Spinellino, los cuales no podían creer lo que veían, y daban gracias al Señor que se había dignado dar en presencia del mismo santo padre aquella prueba de que su espíritu no había abandonado la tierra.

A la mañana siguiente se verificó la traslación de las reliquias y despues de ocho dias de adoración sobre el altar mayor, fué trasportado el cuerpo del santo á la capilla subterránea que le estaba destinada.

Hoy todavía, ademas de las reliquias que se adoran en la catedral, se conservan tres cosas reverenciadas como sagradas: su anillo episcopal, propiedad de la familia Girolami; el busto de plata que encierra un hueso de su cabeza y el capelo que llevaba ordinariamente el santo, en forma de capelo de cardenal. El capelo se venera en la iglesia de San Giovanni Batista, llamada della Galza, y situada cerca de la puerta Romana. Goza siempre de una grande reputación, y diariamente le envían á buscar los enfermos, como se

envia á buscar á Roma el Santo Bambino de Ara-Celi.

El busto está en el Domo; el 21 de Mayo de cada año, se llevan ramos de rosas, que santificados por su contacto, son por todo el resto del año un remedio seguro contra los dolores de reuma las afecciones de los ojos y sobre todo los dolores de cabeza.

En cuanto al anillo de San Zanobbi, hizo un viaje á Francia hácia el fin del siglo xv, es decir, cincuenta años casi despues de los sucesos que acabamos de referir, viage con el que terminaremos esta leyenda.

Nuestro buen rey Luis XI estaba muy malo: como habia ya abusado grandemente del crédito de nuestra señora de Embrun, de San Miguel, y de Santiago sus habituales patronos, tuvo el temor si se dirigía á ellos, de que cansados de sus anteriores plagarias y disgustados de prestarle servicios por su poca exactitud en cumplir las promesas que les habia hecho, le abandonarían en el trance en que se hallaba, pensó entonces en San Zanobbi, que sin duda, habiendo oído menos hablar de él, estaria acaso mas dispuesto á servirle, y se dirigió á Lorenzo el Magnífico para que obtuviese de la familia Girolami que le enviase su anillo.

Lorenzo aceptó la embajada, y llevó la negociación á buen término: la familia Girolami consintió en separarse momentáneamente de la preciosa joya, y fué enviada á Francia por el intermedio del capellan de la familia, que hizo juramento de no perderla de vista un segundo, y no deshacerse de ella un instante. En efecto, el capellan suspendió el anillo á su cuello con una cadena de oro, y durante todo el camino no se separó de ella ni de día ni de noche.

Llegado á la frontera halló el capellan una escolta que debía conducirle á través de la Francia hasta

Plessi-lés-Tours. Allí fué donde el anciano rey, abandonado de sus médicos, no creyendo ya en los santos franceses, aguardó el anillo milagroso en el que residía su única esperanza.

Por mas que el capellan estuviese acostumbrado á las sólidas construcciones de Florencia la popular, por mas que hubiese recorrido las sombrías galerías del Palacio Viejo, por mas que hubiese profundizado las paredes espesas del palacio de Cosme en la Via Larga, y del palacio Strozzi, de la plaza de la Trinidad, no pudo evitar cierto estremecimiento al atravesar los puentes levadizos y aquellos rastrillos, y al internarse en aquellos caminos cubiertos que defendian las avenidas de Plessis-lés-Tours. Añádase á esto, que los demas objetos que se ofrecian á cada paso en su camino no eran á propósito para tranquilizarle: tal como en el bosque que acababa de atravesar, esqueletos colgados, cuyos huesos sonaban chocándose al moverse por el viento, y de los que los cuervos se disputaban los últimos restos; ó bien ver en las salas bajas el verdugo Tristan y sus dos acólitos, ó á la puerta de la cámara real al ex-barbero Olivier Le Daim, que acababa de ser hecho conde; ó tambien por fin, sobre todo eso, el viejo tigre moribundo, que moribundo y todo como estaba, era capaz de hacer arrojar al pobre capellan en alguna jaula de hierro parecida á la del cardenal de La Balue, si el anillo de San Zanobbi no producía el efecto que él esperaba.

Así que, oyendo todo esto el piadoso mensajero hubiera querido no haber dejado jamás á Florencia: pero era demasiado tarde para retroceder: habia ido hasta allí, preciso era llegar hasta el fin.

Olivier Le Daim abrió la puerta, y el capellan vió en el suelo, acostado sobre un lecho de cenizas, en-

vuelto el cuerpo en un hábito de monje, con los ojos ardientes por la fiebre á aquel delante del que la Francia temblaba, que temblaba él mismo delante de la muerte. Al primer aspecto se hubiese dicho que no quedaba al real agonizante mas que el tiempo de decir un *Pater Noster* antes de morir, tan demacrado, macilento y lívido estaba. Pero Luis XI no era un rey de esos que mueren así en tanto que les quede un ángulo de la vida al que pueden asirse, y que dejan la tierra al primer llamamiento de Dios. No, habia puesto toda su esperanza en San Zanobbi: habia repetido veinte veces, ciento, mil, en sus febriles insomnios y en sus terrores nocturnos que si el anillo llegaba antes que se hubiese muerto, estaba salvado.

Al ver al capellan, sintió volverle las fuerzas, y sin ayuda de nadie, levantándose sobre sus dos rodillas:

— Venid pronto á mí, padre mio, dijo, venid pronto. Sois un hombre muy digno, y Zanobbi un gran santo ¿Dónde está el anillo? ¿Dónde está el anillo?

Entonces el capellan se aproximó temblando al rey, y le presento el mensaje de que estaba encargado por Lorenzo; pero no era una carta del Magnifico lo que esperaba Luis XI; así la separó tan violentamente que fué á parar al otro lado del cuarto y agarrándose á la mano del sacerdote:

— Es el anillo lo que yo pido, dijo; ¿no tienes el anillo, maldito sacerdote?

— Si, le tengo, señor, si, le tengo, se apresuró á responder el capellan; y sacando de su pecho el anillo milagroso, le enseñó á Luis XI; que se precipitó sobre él y le besó ardientemente persignándose al mismo tiempo con él multitud de veces.

Después, pasado este primer movimiento de alegría,

Luis XI pidió al capellán que le confiase el anillo; pero este le dijo entonces bajo las espresas condiciones que se le enviaba el anillo. Esto era lo que le espresaba en su carta Lorenzo el Magnífico.

El rey mandó á Olivier Le Daim recogiese la carta y se la leyese: Olivier obedeció y Luis XI la escuchó desde la cruz á la fecha menando la cabeza de alto á bajo en señal de adhesión, y volviéndose de cuando en cuando para besar el anillo y para persignarse todavía con él.

Después se llevaron al rey á su lecho, el capellán teniendo la cadena, y el rey el anillo. Y como el rey no quisiese soltar el anillo, ni el capellán la cadena, el capellán se sentó á la cabecera del rey, donde estuvo tres dias y tres noches, bebiendo, comiendo y durmiendo en el mismo sitio. Porque durante aquellos tres dias y aquellas tres noches, el enfermo no quiso separarse de la joya, besándola sin cesar, persignándose á cada momento con ella, y rogando al bienaventurado Zanobbi le volviese la salud.

Así al cabo de tres dias el buen rey Luis XI estaba, si no curado, al menos fuera de peligro.

Entonces volvió la libertad al capellán, la echó de generoso, y mandó á su platero particular ejecutase, para encerrar la alhaja milagrosa, uno de los mas ricos relicarios que se hubieran visto jamás.

Y el capellán volvió á Florencia llevando no solo el anillo del santo, que tan bien habia guardado, sino tambien el relicario dado por el buen rey Luis XI, el cual era tan precioso, que del producto que de él sacó la familia Girolami, fundó en el Duomo una caponugia.

XI

SAN JUAN GUALBERTO

Saliedo de Florencia por la puerta de San Benito y siguiendo el camino por donde se sube á la honra Iglesia de este nombre, el transeunte descubre á la derecha, y en el punto en que este camino se divide en otros dos, un pequeño monumento en forma de tabernáculo. Este monumento encierra una pintura representando á un caballero que, todo cubierto de hierro, armado de punta en blanco, y con la espada desnuda en la mano, se dispone á herir á un hombre desarmado, arrodillado delante de él, pidiendo perdón. En el segundo término se eleva un crucifijo. He aquí la historia de este crucifijo, de aquel hombre sin armas y del caballero armado.

Habia en las cercanías de Florencia, hácia el fin del décimo siglo, un noble á quien se llamaba el caballero de Petrojo, porque habitaba uno de sus castillos que llevaba aquel título. Aquel castillo, feudo del imperio, concedido á él y su descendencia, está situado en el camino de Roma, á diez millas en las inmediaciones de la ciudad.

El caballero de Petrojo, cuyo verdadero nombre era Gualberto, no estaba retirado en su castillo sin graves motivos que vamos á i. dicar.

El caballero de Petrojo tenia dos hijos: el uno, (este era el primogénito) se llamaba Hugo, el otro (el segundogénito) se llamaba Giovanni. Estos dos hijo eran la esperanza de su casa que, poderosa hasta entouces, prometia alcanzar mayor esplendor, porque una anciana parienta del caballero, juzgando que un día aquellos jóvenes serian la gloria de su raza, habia dejado á Hugo y á Giovanni toda su fortuna, que era inmensa, escluyendo á uno de sus sobrinos llamado Lupo, quien le parecia no prometer tan bellas esperanzas.

Sin embargo, habia puesto la condicion de que en caso de morir los dos jóvenes, esta fortuna volveria á aquel que, sin ellos, hubiese sido el propietario natural. De cualquier modo que fuese, por consecuencia de aquel legado messire Gualberto se encontraba uno de los mas ricos y mas nobles señores de Florencia.

El hijo mayor tenia quince años, y el segundo nueve: los dos habian sido educados como jóvenes señores, destinados á las armas: asi, aunque apenas salido de la infancia, Hugo prometia seguir dignamente las huellas de sus antepesados; manejaba un caballo, tiraba la espada y lanzaba un halcon de un modo capaz de causar envidia á mas de un caballero que le doblase

en edad. Montar á caballo, correr los torneos y *paja-rear*, como se decia en aquella época, eran sus únicos placeres; y su padre messire Gualberto le animaba en estos ejercicios, diciéndole que cuando un caballero sabia aquellas tres cosas y rogar á Dios, no ignoraba nada de lo que un caballero debe saber.

Pero sucedió que un dia Hugo proyectó con muchos señores amigos suyos, una gran caza de montería en las Maremmas. La caza de montería se hacia ordinariamente con grande acompañamiento, porque como se sabe, no está exenta de algunos peligros: el jabalí, hostigado, y teniendo que hacer frente á los perros, despreciaba el venablo, y entonces se tramaba una lucha cuerpo á cuerpo, en la que el hombre no era siempre el vencedor.

El joven Hugo tenia como una gran fiesta aquella caza; y cuando fué á pedir el permiso de su padre tenia cierto aire triunfante que hizo sonreir al buen caballero. No por esto dejó su padre de darle una leccion sobre el modo de atacar al animal ó de esperarlo; pero Hugo, que habia dado ya muerte á una veintena de fieras de la misma especie, escuchó las recomendaciones de su padre sonriendo; y como tuviese su espada en la mano, hizo con ella dos ó tres evoluciones que probaban que el mas hábil cazador no tenia nada que enseñarle sobre aquella materia.

Tres dias despues llegó á messire Gualberto la terrible noticia de que su hijo, habiéndose empeñado en la persecucion de un enorme jabalí, habia sido muerto por él, dejando tambien muerto al animal, y que habian encontrado su cadáver cerca del jabalí muerto. Profunda fué la desesperacion de messire Gualberto. Pero sin embargo, fué la de un hombre temeroso del Señor. Levantó sus dos manos al cielo: Dios me le ha dado,

dijo, Dios me le ha quitado... El santo nombre del Señor sea bendito. Después hizo llevar el cuerpo, que se había colocado en un atahud, y lo hizo depositar en el panteón de la familia.

Pero bien pronto corrieron otros rumores. Se dijo que el mismo día se habían visto dos hombres enmascarados, y el uno todo ensangrentado, huir á todo galope á través de las Maremmas. Aquellos hombres venían precisamente del punto en donde se había encontrado el cadáver del joven Hugo. El hombre herido se había encontrado tan débil en las inmediaciones de Volterra, que se había visto obligado á detenerse en la casa de un aldeano, que le había dado un vaso de vino. Su compañero entonces le había reprendido con aspereza su debilidad y le había hecho volver á montar á caballo; y los dos volviendo á partir á todo escape, habían desaparecido por el camino de Siena.

Entonces messire Gualberto había hecho venir los dos médicos de Florencia, los había conducido al panteón de su familia, y abriendo él mismo el féretro de su primogénito, le había quitado el sudario que le cubría para examinar las heridas que habían causado su muerte.

Los médicos sondearon las heridas y reconocieron que habían sido hechas una con espada y la otra con puñal. En el primer momento podían haberse engañado y creer que el jabali las había ocasionado; pero mirándolas con detenimiento, la verdadera causa de la muerte del joven Hugo se revelaba claramente. No había muerto por accidente ocurrido en su lucha con una bestia feroz, sino herido con intención por asesinos.

¿Quiénes podían ser esos asesinos! He aquí lo que messire Gualberto ignoraba completamente. ¿Sobre quién debía recaer la venganza? Esto era lo que solo

un milagro de Dios podía revelar; y Dios permitió que el milagro se obrara.

Tres meses después de este asesinato, acababa messire Gualberto la oración de la noche, recomendando á Dios al único hijo que le quedaba, cuando llamaron á la puerta del palacio. Los criados fueron á abrir y volvieron con un monge. Este se aproximó á messire Gualberto y le dijo que un desdichado que estaba en el trance de la muerte tenía una revelación que hacerle.

Messire Gualberto se levantó al punto y siguió al monge.

El monge le condujo por una de esas callejuelas de Florencia que están situadas del lado de Porta-alla-Croce, y que dan por un extremo en las murallas. Llegado allí, abrió la puerta de una casa pobre en apariencia, subió dos pisos, é introdujo á messire Gualberto en un cuarto en cuyas paredes pendían muchas armas de diferentes especies, en el cual, sobre un pobre lecho todo ensangrentado, yacía un hombre casi en la agonía.

Al ruido que hicieron al entrar el monge y messire Gualberto, se volvió.

— ¿Es este, padre? preguntó.

— Sí, dijo el monge.

— Entonces que se apresure, dijo el moribundo, porque habeis tardado mucho, y no sé si tendré fuerza bastante para llegar hasta el fin.

— Dios os la dará, dijo el monge.

Hizo una seña á messire Gualberto de que se sentara á la cabecera de la cama.

Entonces el moribundo se incorporó. Hizo le prometiera desde luego messire Gualberto que su perdón le sería concedido, cualquiera que fuese el secreto que le iba á revelar.

Entonces le contó todos los detalles de la muerte de su hijo: el asesino era el pariente desheredado á quien en caso de morir los dos jóvenes pertenecía la herencia, y el hombre que iba á morir era su cómplice.

Messire Gualberto arrojó un grito de horror y retrocedió vivamente. Pero el moribundo le hizo señal de que no lo habia dicho todo.

A la mañana siguiente se debia asesinar á Giovanni como se habia asesinado ya á Hugo: el cómplice habia recibido por adelantado del mismo Lupo la mitad de la suma prometida. Lo habia perdido todo. Habia ido á beber á la taberna con algunos de sus camaradas; allí habia trabado una disputa y recibido una cuchillada. Al instante, como era conocedor en semejante materia, y habia sentido penetrar el golpe en lo interior, se habia hecho llevar á su casa, habia enviado á buscar un monge, con el cual se confesó. El monge le habia dicho que no era él, sino el padre del joven asesinado el que debia absolverle. Habia corrido, pues, en busca de messire Gualberto y traídole cerca del lecho del moribundo.

Messire Gualberto no tenia que decir mas que una palabra. Habia prometido perdonar, y perdonó. Por otra parte, pensaba en su interior que el verdadero culpable no era el que habia recibido ya el castigo de su crimen, sino el hombre que lo dirigió todo. Dijo, pues, al cómplice, que muriera tranquilo, puesto que reservaba su venganza para otro mas poderoso que él. Entonces se volvió á su casa pensativo y á pasos lentos, mientras que el monge ayudaba á bien morir al asesino.

Messire Gualberto fué en sus tiempos un valiente caballero que no temió á ningun hombre en el mundo; pero habia envejecido, y la edad debilitó sus brazos:

calculó que si iba á presentar el combate al asesino de Hugo, que estaba entonces en todo el vigor de la juventud, podia ser muerto en la lucha y dejar asi á su pequeño Giovanni sin defensa. Resolvió, pues, tomar otro partido. Lo que le habia dicho el cómplice de las intenciones del asesino, le hizo pensar que era preciso ante todo sustraer al joven Giovanni á sus asesinos. Sin decir á nadie el descubrimiento que habia hecho, dejó, pues, á Florencia la mañana siguiente, retirándose á su castillo de Petrojo, y llevando á Giovanni. Ademas del deseo de salvar á su hijo, tenia otro; el de hacer de Giovanni el vengador de Hugo.

Desgraciadamente Giovanni en nada parecia destinado por la naturaleza á semejante objeto: era un niño dulce, bueno, paciente, misericordioso y del que se podia decir como de Job, que la compasion habia salido al mismo tiempo que él del vientre de su madre. Ademas, en lugar de ser inclinado como lo habia sido su hermano mayor hácia todos los placeres violentos, no amaba mas que la lectura, la contemplacion, la oracion, y nunca era mas feliz que cuando en alguna capilla retirada, en medio de la soledad á la vista de Dios, hojeaba algun misal con sus páginas iluminadas, ó alguna antigua biblia representando á Dios Padre en traje de emperador.

Messire Gualberto pensó que su hijo estaba todavia en edad de ser, por decirlo, rehecho y vuelto á amasar: á los libros místicos sustituia los libros de caballeria; á los milagros del Señor las grandes acciones de los hombres. Le dió á leer á Gregorio de Tours, Luitprand, el monge de Saint-Gall: y aquella bella y joven organizacion se llenó bien pronto de admiracion por los altos hechos de Alboin y de Carlo Magno, como se habia llenado de amor por los sufrimientos de Jesucristo.

Este era el punto á donde messire Gualberto queria llevarle : cuando le vió llegado á este estado de exaltacion guerrera mandó hacerle una armadura completa para su estatura : le habituó á soportar poco á poco su peso, al principio durante algunos instantes, y despues durante dias enteros. Como era un maestro hábil en el manejo de las armas ejercitaba todas las mañanas á su discípulo en la lanza, la espada y el hacha. Le hizo montar sucesivamente todos sus caballos desde el mas dócil hasta el mas fogoso de los que tenia en sus caballerizas. A la edad de quince años no solo habia adquirido Giovanni todas las cualidades guerreras de su hermano sino que sometido por lo regular todos los dias á un ejercicio que habia desarrollado sus fuerzas, se habia hecho vigoroso como un hombre de treinta años.

Durante aquel tiempo messire Gualberto no habia ido una sola vez á Florencia y no habia dejado su castillo sino para hacer con su hijo, y seguido siempre de una escolta numerosa y bien armada, cortas correrias en los alrededores : asi, se habian olvidado completamente que se llamaba messire Gualberto y no se le llamaba mas, como hemos dicho ya, que el caballero de Petrojo.

Por lo demás todas las mañanas decia el capellán una misa rezada por el alma de messire Hugo Gualberto *traidoramente asesinado* ; y todas las mañanas el padre, la madre y el hermano del difunto asistian á aquella misa mezclando sus oraciones con las del ministro de Dios. El dia aniversario del asesinato colgaba la capilla de negro y se decia una misa mayor, que oian no solo los asistentes cotidianos sino todos los aldeanos que pertenecian á los dominios de Petrojo.

Giovanni habia llegado á la edad de quince años. Su padre que habia visto operarse un gran cambio en su cuerpo, observó que se efectuaba un cambio no menos

grande en su imaginacion : parecia el jóven todas las mañanas oyendo la misa mortuoria presa de ideas cada dia mas sombrías. Despues de la misa, quedaba todo el dia pensativo. Frecuentemente su padre le sorprendia en la sala de armas donde pasaba la mitad del tiempo, no manejando espadas ó hachas ordinarias sino ejercitándose con alguna de esas armas gigantescas que dicen las tradiciones haber pertenecido á aquellos gefes bárbaros venidos de las llanuras del Asia en el cuarto y quinto siglo siguiendo las huellas de Alarico, de Gensérico y de Atila. Pocos cascos por bien templados que estuviesen resistian una cuchillada dada por Giovanni, y no habia escudos que no volasen hechos pedazos á un golpe de su maza.

Messire Gualberto veia todas estas cosas y daba gracias á Dios. Pero lo que seguia sobre todo con la mas grande atencion era aquel pliegue del pensamiento que se aumentaba cada dia mas en la frente del jóven ; aquel estremecimiento que corria por todo su cuerpo cuando por la mañana el sacerdote pronunciaba las oraciones sacramentales : aquella palidez que cubria su rostro cada vez que veia llorar á su madre, y su madre lloraba muchas porque conocia á su marido, y aunque no la hubiese hecho ninguna confesion, sus proyectos desconocidos para todo el mundo no eran un secreto para ella.

Esta situacion se prolongó hasta el sétimo aniversario de la muerte de Hugo. Esta vez oyó Giovanni la misa mortuoria con mas recogimiento y tristeza que de costumbre. Tan solo concluida la misa detuvo á messire Gualberto y dejando salir á todos quedó solo con él.

Messire Gualberto que no habia perdido de vista á Giovanni durante la misa sospechó lo que iba á pasar : el hijo y el padre cambiaron una mirada y los dos com-

prendieron que la hora solemne esperada por el uno habia llegado para el otro.

Messire Gualberto tendió la mano á su hijo que la besó respetuosamente; tambien levantándose Giovanni al punto :

— Padre mio, le dijo el jóven : ¿adivinareis las preguntas que os voy á hacer?

— Sí, hijo mio, respondió el anciano caballero, y heme aqui pronto á responder á ellas.

— ¿Mi hermano ha sido traidoramente asesinado? preguntó Giovanni.

— ¡Ay! sí, respondió el padre.

— ¿Con que fin?

— Para apoderarse de su fortuna.

— ¿Por quién?

— Por Lupo, vuestro primo.

El jóven se estremeció, porque entre los recuerdos de su vida habia el de un sentimiento de antipatia por un solo hombre, y ese hombre era Lupo.

— Tanto mejor, dijo, mejor quiero que sea por él que por otro.

— Y eso, ¿por qué? preguntó el padre.

— Desde que tengo uso de razon, detesto á ese hombre, yo, que á nadie detesto; y me costará menos matarle que me costaria herir á otra persona.

— ¿Le matarás pues? exclamó el anciano caballero dando un grito de alegria, y estrechando á Giovanni entre sus brazos.

— ¿No me habeis educado con esa esperanza, padre mio? preguntó el jóven como admirado de semejante pregunta.

— Sí, sí, sin duda; pero dudaba que me hubieras comprendido.

Hace un año solamente, es verdad : hasta entonces

habia vivido maquinalmente. Habia mirado sin ver, habia escuchado sin oír. No era preciso quererlo, padre mio : hasta alli era yo un niño, hoy soy un hombre.

— Asi, pues, ¿le matarás? exclamó el anciano por segunda vez.

El jóven estendió los brazos hácia el crucifijo.

— Sin piedad, sin misericordia, ¿cómo él ha matado á tu hermano!

— ¡Por este crucifijo lo juro! padre mio, exclamó Giovanni.

— ¡Oh! bien, bien, exclamó el anciano, tú lo has dicho, héme aqui tranquilo; mi hijo será vengado.

Y los dos salieron de la iglesia con el corazon tan ligero y el rostro tan alegre como si no acabasen de cometer una accion sacrilega; puesto que accion sacrilega era aquel juramento de venganza prestado delante del altar del Dios de la misericordia. Pero tales eran las rígidas ideas del honor en aquella edad de hierro, que casi siempre los sentimientos religiosos se plegaban ante ellas.

Sin embargo, á la alegria que habia experimentado messir Gualberto, habia sucedido cast inmediatamente una grande inquietud : Lupo tenia treinta años, estaba en la fuerza de su edad : Giovanni tenia diez y seis; era todavia un niño. Asi á la mañana siguiente del dia en que pasó la escena que acabamos de contar, fué el padre á encontrar al hijo en la sala de armas donde se estaba ejercitando, y le hizo prometer que pasaria todavia todo un año sin intentar nada contra Lupo. Giovanni se resistió un instante, pero vencido por las súplicas de su padre, prometió á su padre, lo que pedia.

El año se pasó pues, como los anteriores en oír la misa mortuoria, en ejercitarse en las armas, y en hacer correrias á los alrededores del castillo : despues,

pasado el año, el joven recordó á su padre que tenia diez y siete años.

Pero el anciano meneó la cabeza.

— Todavía no es tiempo, concédeme un año mas.

El joven resistió mas violentamente que lo habia hecho la vez primera; pero como la primera vez, cedió al fin y concedió á su padre el año que le pedia.

Pasóse este año como los otros: la fuerza de Giovanni se habia desarrollado de tal modo que habia llegado á ser proverbial. Sin embargo, aquella fuerza no aseguraba todavía á su padre: así, cuando el año terminó, Giovanni pidió permiso al anciano para ir á combatir con Lupo: todavía le vió vacilar.

Entonces adivinando la duda que detenia á su padre, tiró el guantelete de hierro que llevaba; puso su mano desnuda sobre una de las piedras de mármol de *maciño*, es decir, sobre una de las piedras de mayor cohesión que se conoce; apoyó en ella la mano sin esfuerzo aparente, y la piedra cediendo como arcilla, conservó la impresion de la mano. (1).

Volviéndose al punto hácia el anciano:

— Ved, dijo.

Messire Gualberto comprendió que habia llegado la hora, y sin hacer ninguna otra observacion, abrazó á su hijo, y le dió permiso para que hiciera lo que quisiese. Giovanni, que estaba armado de pies á cabeza como de costumbre, volvió á ponerse su guante, se hizo traer su caballo, saltó sobre él, y metiendo las espuelas, tomó, seguido de un solo escudero, el camino de Flo-

(1) En tiempo de Franchia, que ha escrito la vida de San Gualberto, se enseñaba todavía esta piedra en la abadía de Montescálsi.

rencia. Era el noveno aniversario de la muerte de su hermano Hugo.

Llegado á San-Miniato-al-Monte, entró Giovanni en la iglesia, se arrodilló ante el altar mayor é hizo una oracion: en seguida salió al umbral de la iglesia, y se detuvo un instante para mirar á Florencia, que no habia visto hácia nueve años. En fin, despues de un momento de esta piadosa contemplacion que todo hijo de buen corazon concede á su madre, volvió á montar á caballo, y acompañado de su escudero, siguió el estrecho camino que de la basilica descende á Florencia.

Al otro extremo del camino venia de frente un hombre á caballo como él, pero vestido de paño y terciopelo, y sin otra arma que su espada. Cuando Giovanni estuvo á menos de cincuenta pasos de aquel hombre, levantó la cabeza, fijó sus ojos sobre él, y de repente se estremeció de tal modo de pies á cabeza que su armadura resonó. Por mas que hacia nueve años que no veia á Lupo, habia creído reconocerle, y como un viajero que ve una serpiente, habia por un movimiento instintivo detenido su caballo. Por lo que hace á Lupo ignoraba completamente quién era aquel caballero que veia delante de él, continuó pues su camino indiferentemente y sin sospechar. A medida que se aproximaba, Giovanni se aseguró en su certeza, dió gracias á Dios interiormente; porque en su ceguedad, no dudaba que Dios fuese cómplice de su venganza. En fin, cuando Lupo no estuvo sino á algunos pasos de Giovanni, ninguna duda le quedó ya. Echanbo mano á su espada con un grito de rabia, la desenvainó y levantó sobre su cabeza enderezándose en los estribos.

— ¡A mí! Lupo, ¡á mí! exclamó.

— ¿Quién eres tú, y qué quieres? preguntó Lupo admirado y deteniéndose delante del santuario, en el

que habia un crucifijo parecido al que se hallaba en la capilla del castillo de Petrojo, y delante del cual Giovanni habia proferido su juramento de venganza.

— ¡Quién soy yo! dijo el jóven, ¡quién soy yo! Escucha bien: soy Giovanni Gualberto, hermano de Hugo, que tú has asesinado hace hoy nueve años. Lo que quiero es que tú me arranques la vida ó arrancarte la tuya.

A estas palabras, metiendo las espuelas á su caballo, se lanzó la espada levantada contra Lupo: y como este petrificado por el terror, habia quedado inmóvil en su puesto, en dos saltos se encontró cerca del asesino, que sintió la punta de la espada vengadora sobre su pecho.

Entonces deslizándose de su caballo, cayó Lupo de rodillas, y poniéndose á los piés del jóven, le pidió perdón.

— ¡Perdon! exclamó Giovanni, ¡perdon! ¿y has tenido tú misericordia con él, miserable asesino? No, no, tú le has muerto sin piedad, sin misericordia: ¡muere, pues, á tu vez sin misericordia y sin piedad!

A estas palabras, levantó el brazo para herirle; pero Lupo hizo tal esfuerzo, que de un brinco se encontró al otro lado del camino al pié del crucifijo, que abrazó con sus brazos.

— ¡Perdon! exclamaba, en nombre de Cristo, ¡perdon!

Giovanni prorumpió en una carcajada, y tendiendo su espada hácia el crucifijo:

— ¡Pues bien! le dijo, puesto que pides gracia en nombre de Cristo, que el Cristo me haga conocer por una señal que te perdona, y te perdonaré.

Entonces (que el señor Dios tenga misericordia con los que dudaren de su inmenso poder), entonces el Cristo que tenia la cabeza inclinada sobre el hombro derecho,

la levantó y la bajó dos veces sobre su pecho en señal de que perdonaba al asesino.

A vista de aquello, Giovanni quedó un momento mudo é inmóvil: la espada se le escapó de las manos: despues, apeándose este, siempre con los brazos abiertos hácia Lupo:

— Levántate, Lupo, le dijo con una voz dulce y abrázame, porque en lo sucesivo, tú ocuparás para conmigo el lugar de mi pobre hermano Hugo que tú has asesinado.

Y diciendo estas palabras oprimia contra su pecho al asesino tembloroso, que no se atrevia á abandonar al cristo milagroso y que no podía creer que tan gran misericordia hubiese ocupado tan pronto el lugar de una cólera tan terrible. Pero bien pronto no tuvo duda; porque Giovanni habiéndole acercado él mismo su caballo, le hizo seña de volverse á Florencia, mientras él volvía á tomar el camino de San Miniato.

Su escudero le hizo observar que dejaba olvidada su espada en el camino; él le contestó que la recogiese y la depositase al pie del crucifijo para atestiguar que renunciaba para siempre no solo á su venganza, sino aun á tocar un arma destinada á dar la muerte.

En efecto, en lugar de volver á casa de su padre, Giovanni se detuvo en el convento de San Miniato-al-Monte; y habiendo pedido al abad que le confesase, le retiró el suceso que acababa de pasar: añadió que se sentia tocado de la gracia de Dios, y que habia resuelto hacerse monje.

El abad de San Miniato se fué al instante mismo al castillo de Petrojo, donde se hallaba Gualberto, que desde la partida de su hijo (tanto en el corazon de un padre se eleva este amor sobre todo otro sentimiento) no habia gozado un minuto de reposo: así, apenas vió al abad cuando creyendo que venia á anunciarle la

muerte de su hijo, se sintió casi desfallecer. Pero el abad se apresuró á decir á messire Gualberto como habia encontrado su hijo al asesino de su hermano, como le habia querido degollar, segun su promesa, sin piedad ni misericordia, y como en fin, por una señal de Cristo le habia perdonado.

Messire Gualberto vivia en una santa época en que se creia en los milagros; y aunque viese la esperanza de la mitad de su vida escapársele, repitió las palabras que habia dicho al saber la muerte de Hugo.

— ¡El Señor es grande y misericordioso! ¡Bendito sea el nombre del Señor!

Sin embargo, resolvió hacer un esfuerzo supremo para desviar á Giovanni de hacerse monge. Giovanni era el único hijo que le quedaba, y en él se estinguía su raza, si Giovanni pronunciaba sus votos. Partió, pues, para San Miniato con su mujer. Pero Giovanni habia sido muy profundamente tocado por la gracia para volverse atrás: suplicó á sus padres no se opusieran á su vocacion, y todo lo que estos pudieron obtener de él, fué que no pronunciara sus votos antes de la edad de veinte y un años. Aquel pobre padre esperaba que en aquel intervalo su hijo cambiaria de resolucion.

Mas no fué así: en lugar de vacilar en la fé, Giovanni se afirmó en su vocacion, y el mismo dia en que cumplia veinte y un años pronunció los votos que le separaban para siempre del mundo. Algun tiempo despues, habiendo dado al convento ejemplo de todas las virtudes cristianas, fué elegido Giovanni abad de San Miniato. El fué el que fundó sobre el sitio mismo donde estaba la ermita de Aguabella, la abadía de Vallumbroso. Murió allí en tal olor de santidad, que Gregorio XII le canonizó, y Gregorio XIII introdujo su nombre en el calendario.

Pocos dias despues del suceso que acabamos de refe-

rir, toda la ciudad de Florencia, conducida por el asesino Lupo, que iba con los pies descalzos, ceñido con una cuerda, y la cabeza cubierta de ceniza, estaba arrodillada alrededor de la imagen milagrosa. El clero retiró de allí el milagroso crucifijo para trasladarle á la iglesia de la Trinidad, donde todavia se adora hoy.

En cuanto á la capillita donde estaba, quedó vacia hasta 1839, época en que el gran duque Leopoldo II hizo ejecutar la pintura que hoy se ve allí. Representa á Giovanni con la espada levantada que se dispone á herir al asesino de su hermano. Debajo de esta pintura está grabada la inscripcion siguiente:

Quæ sacra assumpsi tempus monumenta parentum,
Nunc redimit pietas, reddit et arte color;
Sic tanti vivant Gualberti ut gloria facti
Successor reparat quæ male tempus agit.
Anno Domini MDCCCXXXIX.